



una prisión. Uno de los deberes de una civilización o de una tarea humana es preservar, en la medida de lo posible, aquello que es válido, al menos aquello que juzgamos como válido. Yo juzgo como válido lo que es ya tradi-

ción musical, tanto occidental como no occidental. Creo que vivimos en una época en que lo más positivo que puede suceder es un gran acto de mestizaje, un gran acto de amor, un gran acto de fusión, del que saldrán

las cosas que tengan que salir: muchas inútiles y algunas útiles. Como siempre ha sucedido. El artista de hoy no tiene que tener miedo a ser hijo de mil padres, como siempre lo ha sido; no creo que sea algo nuevo, y si antes lo

era menos es porque las posibilidades de información eran menores. Hoy, como las posibilidades son cada día más fuertes, podemos crear tendiendo puentes a derecha e izquierda. Repto: yo esto no lo vivo como una prisión, sino como una gran libertad.

—¿Cuál es el papel del músico dentro de la sociedad?

—He pensado mucho en ello, pero he llegado a la conclusión de que no tengo respuesta. El músico, a fin de cuentas, dentro del cuerpo social, es una de las partes en las que se produce el fenómeno de la creación: aportar objetos que antes no existían y que van, si hay suerte, a modificar un poco el entorno en que vivimos. Hay personas que tienen una necesidad imperiosa de comunicarse a través del sonido, escriben algo y lo presentan a los demás. Lo único que puede hacer el músico es producirse. No existe sociedad sana sin dar cauces de salida a los instintos creadores de sus miembros. Un músico tiene derecho a pedir a la sociedad que ésta le ofrezca un "modus vivendi" a cambio, naturalmente, de algo que se considere útil. Por ahora, en Occidente, y que yo sepa también en Oriente, es este un problema sin resolver. Lo que suele hacerse casi siempre es buscar para el compositor un trabajo paralelo que tenga algo que ver con la música y que le permita subsistir: enseñante, intérprete, organizador... Por otra parte, mientras la sociedad no asuma lo que es la tradición musical, mientras no esté informada de lo que ha sido la música, la labor del compositor dentro de ella será siempre extraña porque se basa en falsos supuestos: la gente no sabe qué es un compositor ni para qué sirve lo que hace. En fin, para la mayoría de la gente, la música es un acto santuario. Es preciso, por lo tanto, poner en claro toda una serie de equívocos.

—Veamos en qué consiste la ópera que estás componiendo.

—Es una ópera en dos actos, con una duración aproximada de dos horas. Se basa en la obra de Alfonso Vallejo, "El cero transparente". La ópera se titulará "Kiu", nombre de la ciudad a la

ADIOS A LAS LETRAS

El síndrome de Cuenca

LA cultura española padece el síndrome de Cuenca. Mucho más raro es el síndrome de Herzog y los médicos le han hallado cura. Sin embargo, nuestro peculiar síndrome español, de torquemadas redivivos, nos asola sin que doctor alguno, parlamentario o eclesástico, dé con el remedio que nos haga recobrar la libertad y la salud.

Desde que un ministro prefiere ponerse firme que gallardo y deja que la cultura se le vaya de las manos mientras ensaya el saludo para no quedar mal ante sus jefes, pocas perspectivas hay de que el mundo en que nos movemos respire un poco más desahogadamente.

No es que ese ministro aludido, con su palabra atropellada y afirmativa —no dijo sí al referéndum andaluz porque no le presionaron, pero si hubiera habido esa presión a lo mejor lo afirma—, vaya a arreglar nada de la noche a la mañana. Lo peor es que no lo va a arreglar, tampoco mañana. Este es un país de hábitos y monjes. Mientras unos habitan sus cuerpos al vestido de la represión, una resignación monjil recorre la espina dorsal de tierra de resquemores y venganzas culturales.

Antes estrenar en España era llorar. Ahora estrenar en España es estrenar en Berlín. El ministro, mientras tanto, halla tiempo para lamentar el robo de los trajes de Doña Rosita la soltera, para tratar de criticar a los críticos del teatro, con un éxito catastrófico, o para responder detalladamente a una carta fantasma de los intelectuales, que presuntamente le interpellaron sobre Andalucía. El ministro —el "ministro-espectáculo", que decía Umbral— respondió a los intelectuales en todos los medios de comunicación, para llamarles —desde "el centro de tu vida" que es UCD— "centralistas". Pero no se conoció la pregunta de los contestados. Manuel Clavero, el ministro que antecedió al ministro, aprovechó para decir, en andaluz, que así no se trabaja porque la cultura es una cuestión de preguntas y respuestas.

Pero en el síndrome de Cuenca que vivimos, y esto lo ha visto muy bien el ministro, no caben las preguntas. Las respuestas son rotundas, definiti-

vas, tan claras que uno debe saludarlas, cuando se nos presentan, como un regalo, como una medalla o como una perla cultivada.

El síndrome de Cuenca afecta al país porque recorre como un uniforme a España entera, pero lo sufren más quienes no lo conocen ni se percatan de su existencia. Primero, se cuecen los epitelios, como sucede ahora, pero luego se notará un empobrecimiento general de lo que hay debajo de la superficie. Estamos viviendo momentos de fábula, épocas que parecían increíbles cuando no nos creíamos que de verdad estábamos cambiando.

Seguirá a este peculiar síndrome la paralización general, la desgana y, por fin, la justificación ontológica del desencanto. Ruedas de prensa habrá, declaraciones de principios serán amablemente pronunciadas por los saludables saludadores del Reino, y todos sentirán una vieja, indefinible sensación de haber vuelto al tiempo de los tios muertos. Quizá porque los tios nunca murieron y es ahí donde está, sin más, el principio y el fin, la totalidad hueca, del dichoso síndrome. ■ SILVESTRE CODAC.

Fotograma de "El crimen de Cuenca".

